VIII.

Cuando la tuve delante, arrastrada por diez ó doce briosas mulas, con su postillón en la izquierda de las dos primeras, entendí que era una casa ambulante con gentes asomadas á todos sus balcones, incluso el de la buhardilla, que tal me pareció el altísimo *cupé*. Mostré mi billete al mayoral, subieron mi baúl con el auxilio de una escalera de *pinos* al desván de la casa, alzando por un costado el tejadillo de cuero, y embutiéronme á mí en el departamento central, técnicamente *interior*, en el que había ya cinco personas, las cuales me recibieron como debía recibir el atormentado la cuña destinada á apretar la prensa de sus huesos. Cedióseme una esquina que me pertenecía de las cuatro del local, como lo rezaba el billete; acomodéme del mejor modo posible en la parte de cojín que me correspondía en aquel banco, y por entonces no me pareció muy duro que digamos, ni tampoco me lo parecieron las paredes del coche, revestidas, como el almohadón, de bayeta encarnada, con un poco de mullida, Dios sabe de qué.

En esto se oyeron hacia el pescante cuatro gritos, diez interjecciones de cuadra, el restallar del látigo y mucho cascabeleo; viniéronse los tres que iban de espaldas á las mulas sobre los otros tres que las llevábamos de frente, como si un huracán los empujara, y comenzó á rodar el coche camino de Madrid, con un ruido de cristales, de muelles envejecidos y de portezuelas mal ajustadas, que verdaderamente ensordecía y atolondraba.

Poco á poco me acostumbré á él, y hasta fuimos, á fuerza de sacudidas y cerneduras, *entrando en caja* los seis pasajeros que poco antes íbamos casi en vilo de puro apretados; y con este relativo bienestar, pude enterarme de las cataduras que me acompañaban en aquel departamento de la diligencia. El pasajero de mi derecha era un medio señor gordo y poroso, tipo de lo que era, como andando las horas se supo allí, traficante en *caldos*; bufaba muy á menudo, y chupaba de vez en cuando una punta de cigarro puro de infame calidad, que llevaba ordinariamente entre el índice y pulgar de su mano izquierda, apoyada ésta ligeramente sobre el muslo del mismo lado. Además de bufar se bamboleaba mucho, y cada vez que se me venía encima parecía un brasero por el calor que despedía. Ocupaba más de asiento y medio; y no nos reventó á los dos colaterales, porque el que le seguía por la derecha era un estudiantillo enclenque que cabía sin apreturas en la media plaza, no cabal, que le

quedaba libre. En frente de mí iba una joven poco notable á primera vista, por la misma corrección y armonía de sus facciones y contornos: verdaderamente no había una tacha que poner en ella. Vestía con mucha modestia, y bajaba los ojos, negros y dulces, en cuanto yo fijaba la vista en ellos. Cambiaba á menudo algunas palabras y sonrisas con una mujer, ya cincuentona, pequeñita y fea, que iba á su izquierda, inmóvil, casi rígida; pero curioseándolo todo sin cesar, dentro y fuera del coche, con sus ojillos de rámila. Por último, ocupaba el cuarto rincón un hombrecillo inquieto, limpio y muy impresionable; enjuto y moreno de faz, de crespo y entrecano bigote, cadena de similor y gorro de terciopelo. Este personaje llamativo y simpático, era, según luégo supe, padre de la joven; y la mujer pequeñita, su ama de llaves y servidora única desde muchos años atrás.

Como no podía estarse callado, y el estudiante dormitaba, y el caldista solamente le respondía por monosílabos..... cuando le respondía, y lo de casa no le llenaba mayormente, encaróse conmigo; y en un dos por tres supo quién era yo, de dónde venía y adónde iba; y cuando nada de esto le quedó por saber, comenzó á hablarme de las mieses entre las cuales corría la diligencia; del maíz, de las calabazas, del fresco y aterciopelado retoño, del rústico caserío, del ganado vacuno..... en fin, de cuanto veía; y él se lo hablaba y se lo aplaudía; y tan pronto entonaba himnos de admiración á la belleza de la Montaña, como tristes lamentos al escaso valer de sus productos en relación con el penoso trabajo que exigían al labrador. Empeñábase mucho en interesar con sus observaciones á todos los viajeros que le acompañábamos, y por eso su vista saltaba rápida y bullidora de semblante en semblante. Siguiéndola yo en sus vertiginosas exploraciones con infantil curiosidad, más de dos veces se encontraron tope á tope mis ojos con los de la joven, que me pagaba con una sonrisa cada gesto con que yo demostraba mi aquiescencia á los pareceres de su padre. El cual hablaba tanto como con la lengua, con las manos, con los ojos, con las piernas, y hasta con el gorro de terciopelo. No he visto jamás hombre que más dueño fuera de todos los músculos de su cuerpo, ni que mejor supiera armonizar el menor de sus movimientos con las inflexiones de su voz. Lo del gorro, especialmente, me tenía cautivo. ¡Con qué facilidad le bamboleaba sobre su cabeza sin tocarle con las manos! ¡Cómo le echaba sobre la frente en cuanto apuntaba una sospecha maliciosa, ó le arrojaba hacia el cogote al confundirnos con una conclusión irrefutable, ó le derribaba sobre una oreja mientras exponía un antecedente ó soltaba un chiste!.... Porque era también chistoso el hombrecillo aquel, y agudo hasta no poder más; sobre todo, pintoresco y entretenido.

Se fué estrechando el valle poco á poco, hasta que nos vimos en las angosturas de las Hoces de

Bárcena, cuyo paso duró hasta media tarde. Llegamos á Reinosa, y allí nos apeamos para comer en un parador, del cual salimos casi de noche y tiritando de frío; por lo que, bien comidos y al calorcillo consolador que producíamos los seis viajeros apretados en el interior de la diligencia, á pesar de la incesante charla del hombre del gorro, no tardamos en arrimar la cabeza á las paredes del coche y en dormirnos profundamente.

Cuando me despertó el sol del nuevo día, estábamos rodando sobre las llanuras de Castilla la Vieja. Nunca olvidaré la aflictiva impresión que me produjo en el ánimo la contemplación de aquel paisaje negro y esponjoso, como rimero de escorias: ni un ser viviente, ni un sonido, ni un árbol, ni un pájaro, ni un arroyo en cuanto alcanzaba la vista. Cediendo á un impulso de mi corazón, tendí la mía sacando el busto por la ventanilla, hacia lo que quedaba atrás; y allá lejos, muy lejos, formando la barrera del horizonte, columbré una cordillera de montes plomizos que parecían nubes, y una faja de nubes que parecían montes. Entre dos picachos muy altos observé una mancha tenue y azulada, recortada en línea horizontal por el cielo; y al fijarme en ella, á punto estuve de lanzar un grito desde lo más hondo de mi pecho; la fuerza del deseo, el amor á la tierra nativa, el profundo aunque acallado dolor de abandonarla, me hicieron ver en aquel instante los perfiles de sus montañas, y el mar cuyos estruendos habían arrullado los mejores sueños de mi vida. Contemplé con los ojos de la imaginación la apacible y pintoresca aldea, y en ella el hogar querido, y en el hogar á mi padre triste y errabundo y solo. Pronto me convencí de que todo ello era una alucinación de mis sentidos; la nostalgia de la patria se apoderó nuevamente de mí, y á pique estuve de que publicaran mis ojos la negra pesadumbre que me abrumaba el ánimo. Quizás no comprendieran bien este exceso de sentimiento todos los lectores y le achacaran muchos de ellos á un vicio de mi educación patriarcal, cuando no tomaran mis palabras por un pueril alarde romántico. Algo puede haber de lo primero: lo segundo no tendría disculpa hoy en mi pluma. De cualquiera manera, no serían montañeses los que se asombraran de lo que refiero; porque un montañés de pura raza es capaz de todo, menos de contemplar sin pesadumbre un suelo tapizado de secos rastrojos, sin árboles que le asombren, sin arroyos que le refresquen, sin verdes colinas que le limiten y sin pájaros que le alegren.

De esto hablé un poquillo con mi linda compañera de viaje, no tanto por desahogar mi corazón, cuanto por dar á mis ojos, cansados de la aridez del paisaje que me rodeaba, el regalo de su belleza.

De tarde en tarde hallábamos un pueblo derramado sobre la llanura, como las fichas en un tablero de damas, sin una mata ni un ribazo, ni un muro, ni una huerta, ni una desigualdad que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rompiera, antes, al fin ó alrededor de él, la triste monotonía de su forma escueta y de su color negro terroso, como el suelo que le sustentaba, y los pocos seres humanos que perezosamente discurrían entre sus moradas, y el rebaño de ovejas que herbajeaba en la era, y el cabizbajo, taciturno y embrutecido pastor que cuidaba de ellas.

En uno de estos pueblos, después de habernos desayunado en Palencia con los famosos bollos del parador de Pampín, nos detuvimos á comer, á las dos de la tarde. Entramos en el parador por la cuadra, con las mulas del tiro que se remudaba allí, y pasamos á un comedor de adobes, como todo el edificio, donde nos sirvieron en larga mesa, regularmente limpia, tras de los clásicos garbanzos, pollos y palominos en varios condimentos, queso ovejuno, dulce de membrillo y una infusión de salvia que allí denominan *té*. ¡Con qué minuciosa exactitud recuerdo todas estas cosas al cabo de tantos años, y con qué placer las revuelvo en la memoria! Bien sabe Dios el trabajo que me cuesta cerrar la válvula para que no salten sobre el papel otras infinitas del mismo jaez; y con qué recelos apunto las pocas que se me escapan en el relato, temiéndome que ni aun por su interés histórico y arqueológico, las aceptarían de buen grado, si llegaran á verlas, los jóvenes que hoy van en diez y ocho horas de Santander á Madrid, en cómodos wagones de ferrocarril, y tienen la fortuna de no haber rodado nunca en diligencia sobre aquel interminable camino, verdadero río de polvo zurcido en un mar de paño pardo.

Que, entre tanto, el señor del gorro no cerraba boca, no necesito decirlo; pero he de declarar que, aunque continuaba entreteniéndome mucho su expresiva y pintoresca conversación, me entretenía mucho más la de su hija, que para entonces me había perdido el miedo y hablaba conmigo á ratos sin cortedad alguna. Me encantaba por ingénua, por sencilla..... y por todas y cada una de las cualidades y prendas que iba descubriendo en ella. Era la más acabada antítesis de Clara; y no sé si esta consideración que me hice influyó algo en el juicio que de ella formé entonces. Si esto no, el ser la segunda mujer de aquel pelaje que yo había tratado en mi vida, y la intimidad que se establece entre los compañeros de un largo y nada cómodo viaje, bien pudieron ser parte á que mi imaginación la viera sobre más alto pedestal que el que en buena justicia le pertenecía.

Por ella supe que su padre era un empleado del Gobierno, declarado cesante en Santander cuatro meses antes. Iban á Madrid, donde ella había nacido, porque su padre había logrado un empleillo particular allí, al amparo del cual pensaba vivir, mientras trabajaba para que le repusiera el Gobierno en su destino. El cesante se llamaba don Serafín Balduque; su hija, Carmen, y la mujercilla fea, criada antiquísima de la familia, y casi aya de la joven, como ya queda dicho, Quica.

En otro poblachón como el en que habíamos comido, cenamos á deshora de la noche los mismos pollos, los mismos palominos, el propio queso con membrillo en dulce, y la mismísima salvia por remate..... Y vuelta á dormir y á rodar en llano, hasta que amaneció el nuevo día entre polvo del camino real y campos de desolación. Sobre ellos, como sobre los que iban quedando atrás, descollaban acá y allá muy de tarde en tarde, tal cual tumor, plomizo y rapado, encima de alguno de los cuales se erguía un castillete coronado de unos barrotes, entre los que subía y bajaba una cosa negra, á modo de caldero. Eran los telégrafos ópticos, que, lejos de alegrar el paisaje, le entristecían todavía más; pues á la contemplación del insulso detalle iba unida la consideración de que dentro de aquella jaula de sólidas paredes, había seres humanos incomunicados con el resto del mundo; y para mayor burla de la desgracia, ellos, los encargados de conducir maquinalmente la palabra de los demás á través de la tierra, estaban condenados á no hablar con nadie, fuera de lo que hablaran entre sí.

No sé por qué comparaba yo aquellos destellos de *luz*, relativamente al sitio en que brillaban, con la mocosa candileja que se deja ver en el fondo negro de un vasto subterráneo.

Nos explicó don Serafín cuanto se le alcanzaba del modo de funcionar de aquellos aparatos; y llegando á decirnos la miserable retribución con

que pagaba el Gobierno el suplicio moral de los empleados que los manejaban, puso á todos los gobiernos españoles como no digan dueñas; y una vez enzarzado con ellos por aquel motivo, despellejólos vivos por todos los imaginables, y especialmente por los que á él le atañían.

Entonces nos refirió su historia con todos sus pormenores el bueno de don Serafín Balduque, historia que me puso á mí los pelos de punta, y no era para menos.

Según su relato, el tal don Serafín había comenzado á servir al Estado, bajo la protección de un *personaje influyente*, á la edad de diez y siete años y con cuatro mil reales de gratificación. Desde entonces hasta la fecha en que nos lo decía, cuarenta y siete años justos, con una hoja de servicios limpia como una patena, había sido cesante veintitres veces, que representan veintitres larguísimas temporadas de angustiosas privaciones, y otras tantas batallas rudísimas para conseguir la reposición. Como la necesidad le obligaba á aceptar lo que le ofrecían, cada vez que le empleaban, vuelta á tejer el pobre hombre casi de nuevo la destejida tela de su oficio en otro ramo diferente de la Administración del Estado. Así saltaron sobre él todos sus contemporáneos, y jamás pudo llegar á la categoría que le pertenecía de derecho, para jubilarse con un sueldecillo mediocre, y descansar de una vez. Había sido empleado en casi todas las poblaciones de España en que hay oficinas del Estado, y pa-

saban de tres las ocasiones en que al ir á tomar posesión de su nuevo destino, atravesando para ello toda la península, antes de presentar sus credenciales al fin de la jornada, ya era cesante otra vez.

—Es cosa sabida—concluyó—y hasta proverbial entre las gentes del oficio: ¿hay que hacer un hueco para colocar á un intruso recién llegado? Pues Serafín Balduque cesante. ¿Ambiciona alguien el puesto mío en una capital determinada? Al día siguiente ya está Serafín Balduque trasladado á los quintos infiernos. ¿Se habla de crisis? Balduque al agua. ¿Se arma un tiberio político en cualquiera parte del mundo? Don Serafín sin empleo.

—Eso ya es mucho exagerar—apuntó aquí el caldista con voz de sochantre.

—¡Exagerar!—exclamó don Serafín mirándole con ojos de lástima, después de haber echado con un rápido movimiento de cabeza el gorro sobre el entrecejo:—Y ¿por qué?

—Porque no tiene nada que ver el destino que V. desempeña con lo que suceda por esos mundos.

—¿Y cree V.—volvió á preguntar el cesante echando el gorro hacia la oreja derecha,—que tiene algo que ver mi empleo con la venida del rey á Santander?

—Maldita la cosa—respondió el caldista.

—Pues bueno—continuó don Serafín:—en cuanto supe yo que S. M. venía á inaugurar el

ferro-carril, y ví la ciudad en movimiento y la gente alborotada, me dí por muerto.

—¡Vaya una aprensión!

—Aprensión, ¿eh?.... En Mayo estuvo el rey en Santander ¡bien sabe Dios lo que yo le aclamé, y las visitas que hice al jefe de mi negociado que le acompañaba, y lo puntual y asiduo que estuve siempre y para todo!.... pues á mediados de Junio ya me habían limpiado el comedero.

—Casualidad.

—Enhorabuena; pero, como la capa del otro, tan llena está mi vida de esas casualidades, que han llegado á ser la ley porque me rijo.

No perdía yo ripio de esta conversación, puesto que el asunto de ella tenía bastante más concomitancia con mis proyectos que las crisis europeas con el destino de don Serafín. Metí mi baza en la porfía, y dije al sempiterno cesante:

—Carecerá V. de valedores.

—Calabaza, careceré!—respondióme al punto echando el gorro hacia la nuca.—Los tengo como todo hijo de vecino.

—Pues no lo comprendo.

—Lo que hay es que así como en fuerza de aburrirlos, no dejándolos á sol ni á sombra, me ayudan algo para colocarme, es decir, para verse libres de mí, después si te he visto no me acuerdo.

—Corriente—dije yo;—pero esa serie de casualidades que le persiguen á V., aunque para V. han llegado á ser una ley ineludible, no lo será para todos los empleados del Gobierno.

—Hombre—replicó don Serafín con nerviosa viveza,—no diré que á cada cuarenta y siete años de servicio correspondan en España, irremisiblemente, mis veintitres cesantías; pero lo que es veinte, docena y media siquiera, no se las quita á nadie el lucero del alba..... salvo, se entiende, los niños mimados de la suerte, que comienzan por donde uno acaba y llegan á la cumbre en un dos por tres. Pues si no fuera así, la carrera de empleado era una canongía para los hombres como yo, de pocas necesidades.

—Gran consuelo es todo eso que V. dice para los aspirantes á esa carrera—expuse yo aquí con la ingenuidad que puede presumirse.

—Le aseguro á V., señor don Pedro—me dijo Balduque con toda la solemnidad que cabía en él,—que no tiene vergüenza el hombre que, con salud y mediano entendimiento, se echa hoy en España por ese camino. Cuando vuelvo los ojos atrás y cuento los años que llevo sirviendo al Estado; la burla que sus gobernantes han hecho de mí; los apuros, los ahogos en que estas burlas me han puesto tantas veces; las privaciones á que me he sometido; la fé..... hasta el entusiasmo con que he trabajado en los múltiples cargos que se me han cometido; la edad que tengo, lo atrasado que estoy en la carrera; lo que será de esa infeliz (y miraba conmovido á su hija, no muy serena), si Dios me quita la vida á la hora menos pensada, me asombro del buen humor que tengo, de no deber un céntimo á nadie..... y de lo honrado que

soy..... De lo honrado que soy, sí; porque conmigo se ha hecho todo lo posible para que no lo fuera. ¡Cuántas veces mi pobre mujer..... (de resultas de un forzado viaje penoso por el puerto de Pajares, en el corazón del invierno, la perdí) cuántas veces me aconsejó que abandonara la carrera, sólo en desdichas fecunda para la familia, por cualquiera de las ocupaciones que, á Dios gracias, he tenido siempre en Madrid durante mis cesantías!.... La verdad es que á remendón de portal que me hubiera dedicado cuando tuve el mal acierto de aceptar el primer destino que me ofrecieron, tendría á la presente fecha mejor pelaje del que tengo, y, sobre todo, hogar y reposo..... Dicen que reina cierto malestar en el mundo político y que se temen acontecimientos graves..... Bien sabe Dios que no soy hombre de matices ni de pasiones de ese género; pero les aseguro á Vds. que, hoy por hoy, me creo capaz de echarme á la calle con el moro Muza, si el moro Muza lo fuera de exterminar á garrotazo seco la pillería que medra con todos los partidos, y manda y dispone y es causa de mis desventuras, y de otras mucho mayores, que también me duelen porque las llora la patria.

¡Pobre don Serafín! ¡Qué lástima me daba de él en estos casos, y cuando, quizá por no tener con qué pagar las comidas y las cenas, le veía yo, mientras los demás pasajeros de todos los departamentos de la diligencia nos regodeábamos con los vulgares, pero abundantes y calientes condu-

mios de la mesa de los paradores, comprar, medio á escondidas, un poco de pan para volver á comerlo en la diligencia, en compañía de Carmen y de Quica, con los míseros fiambres que éstas sacaban cuidadosamente de un saquito de alfombra que llevaban sujeto entre las correas del techo! ¡A qué tristes consideraciones me arrastraba el ejemplo de aquella desdichada familia, cada vez que pensaba yo con alguna serenidad en los propósitos que me habían sacado de mi lugar!

En una ocasión, y no sé á cuento de qué, cité yo el nombre de don Augusto Valenzuela. Preguntóme don Serafín si le conocía; respondíle muy hueco que tenía la honra de ser gran amigo suyo por haberle tratado mucho aquel verano en mi lugar; díjome si pensaba visitarle en Madrid; contesté que tan pronto como llegara, aunque me guardé mucho de decirle el por qué de la visita; y desde aquel instante don Serafín, Carmen y hasta la misma Quica, no supieron ya dónde ponerme, ni cómo contemplarme; y al oir á don Serafín ponderar el influjo del orondo manchego en la política dominante, y el valor de una amistad como la suya, verdaderamente me acusaba la conciencia de haberme dejado arrastrar con exceso del demonio de la vanidad al hablar de mis intimidades con el mencionado personaje; pero sirva como atenuación de mi pecado el cordial propósito que hice de emplear en beneficio de don Serafín, tanto como en el mío propio, cuanta estimación hubiera conquistado yo hasta aquella

fecha, y pudiera conquistar en adelante, en el corazón del influyente manchego. No se lo oculté á don Serafín, y esto acabó de darme una importancia colosal á los ojos de aquella apreciable familia, con la cual departía yo á todas horas con la más patriarcal franqueza, especialmente desde que, habiéndose quedado el gordo caldista en Olmedo, y no estorbándonos para nada el imberbe estudiantillo, vivíamos los cinco en el interior de la diligencia como en el propio hogar. A los demás viajeros sólo los veíamos á las horas de comer. Conocíamonos todos de vista, y nos tratábamos con la cortesía de vecinos de una misma escalera, pero nada más. Y no es de tachar la comparación, pues los mismos puntillos de etiqueta que entre las familias de una misma vecindad, se observaban entre nosotros: quiero decir, que los pasajeros de la berlina nos miraban con cierto desdén á los del interior, al paso que éstos, es decir, nosotros, nos creíamos un tantico más entonados que los de la rotonda, y mucho más que los del cupé.

Y andando andando, es decir, rodando rodando, concluyéronse las llanuras, y comenzó la subida del áspero y largo Guadarrama. A la bajada de él me dijo don Serafín, echándome una mano sobre el hombro derecho y señalando con la izquierda hacia el horizonte del Sur:

— ¡Allí le tiene V.!.... La cúpula de San Francisco el Grande, la torre de Santa Cruz, la mole de Palacio.....

Miré con ansiedad hacia donde me señalaba el dedo de don Serafín, y en efecto, ví cuanto el cesante me iba nombrando, alzándose sobre un cerro amarillento y pelado, y recortándose sus perfiles en el azul purísimo de un cielo incomparable.

—Aquello es Madrid—añadió mirando hacia allá asido con las dos manos al marco de la ventanilla, y oscilando el encorvado cuerpecillo, según lo pedían los tumbos y vaivenes que daba la diligencia en su rápido y estruendoso descenso.—¡Ah! si yo tuviera poder para tanto!.... Un recadito secreto á las gentes honradas para que escurrieran el bulto; luégo una lluvia espesa de pólvora fina; en seguida otra lluvia de rescoldo..... y como en la gloria todos los españoles.

Hízome reir y dióme qué pensar esta ocurrencia, y ya no se habló más que de Madrid en todo lo restante de la jornada. El estudiantillo metió la cuchara en la conversación muchas veces, y aun se me antojó más versado en las *cosas* de Madrid que en los códigos de Justiniano. Oyóme decir que me gustaría vivir en la corte entre paisanos, y me recomendó cierta posada de estudiantes montañeses, mozos de buen humor, en la calle del Caballero de Gracia. Tomé nota de ello en mi cartera, y tomóla también don Serafín, porque pensaba visitarme á menudo, tanto como se lo permitieran sus ocupaciones en la corte, entre cuyos laberintos y encrucijadas quería servirme de piloto. Dióme en justa correspondencia las señas de la casa donde él iba á parar (Olmo, 42 duplicado, cuarto 4.° interior de la derecha); y en estas y otras tales, al rayar el mediodía, sin un árbol, ni un sembrado, ni un detalle de los mil que anuncian en toda tierra de cristianos la proximidad á una gran población, llegamos á la puerta de San Vicente, y diez minutos después, á la calle de Alcalá, parador de las Peninsulares, en cuyo patio nos apeamos entumecidos, polvorientos y desgreñados. Hubo allí, tras el registro de ordenanza, las acostumbradas despedidas entre los viajeros de cada departamento; me dolió de veras la que hice de la hermosa Carmen, en cuyos ojos leí un vivísimo deseo de que volviéramos á vernos pronto; prometíselo con otra mirada no menos elocuente mientras estrechaba en mi diestra la suya blanquísima, suave y menuda; y encomendando mi baúl á las espaldas de un forzudo mozo de cordel, seguíle á la posada, cuyas señas le dí, tropezando con el espeso oleaje de transeuntes de la calle de la Montera, ensordecido con el estruendo que producía el rodar de los coches y el hablar de tantas gentes, y deslumbrado y borracho por la novedad del sitio, del movimiento y de los colores; extraño mar en que yo me zambullía de repente, desde el fondo de un cajón con ruedas, venido de las agrestes soledades de mi lugar, á través de interminables arideces, tristes como las estepas de Rusia.

IX.

Hallé cuarto en la posada aquella, aunque oscuro y angosto; y por él y la comida, ajustéme en siete reales diarios. Por de pronto me sirvieron un tente en pié; á las tres de la tarde, después de escribir á mi padre, me metí en la cama, y del primer tirón dormí hasta las ocho de la mañana siguiente. Tal necesidad tenía yo de dar descanso y mullida á mis huesos machacados.

A las diez me llamó la patrona para almorzar; y la misma mujer, ajamonada y no fea ni sucia, me condujo al comedor á través de un tortuoso, nada claro y estrecho pasadizo. Estaba la mesa preparada para ocho personas, en una estancia reducidísima, con luces á un patio.

—Siéntese V.—me dijo—que en seguida vendrán los demás; todos chicos cariñosos y paisanos de V.

Sentéme en la silla indicada por la patrona, y marchóse ésta. Momentos después comenzaron á llegar *los demás*. ¡Sorpresa jamás olvidada por mí! Primeramente llegó un joven repolludo, blan-

cote y de afeminadas facciones, en calzoncillos de punto, con botas de charol de altas cañas de tafilete encarnado; una levitilla corta puesta del revés; una tohalla por corbata, y gorrita de jockey: cabalgaba sobre el lomo de una silla de paja, y con ella entre piernas caracoleaba y daba brincos y hasta botes de carnero; castigábala á menudo con un latiguillo, y no sin grandes fatigas consiguió arrimar á la mesa la contrahecha cabalgadura. Apeóse de ella, enderezóla, me saludó muy fino, volvióse junto á la puerta, y allí se cuadró. Apareció en seguida en el hueco de ella un mozo moreno, de rizada melena negra, altísimo sombrero de copa, tirillas de papel, á la inglesa, corbata blanca, ceñido frac azul con botones dorados, pantalón negro, tan raido y maltrecho como el frac, guantes blancos de algodón y zapatillas de badana. Andaba este personaje á paso trágico, y miraba con altivo gesto. Inclinóse el lacayo delante de él; y después de recibir de sus manos el sombrero y los guantes, preparóle una silla junto á la mesa. Sentóse el caballero grave y solemne; saludóme también muy fino, y se acomodó á su lado el fingido jockey después de arrojar debajo de la mesa los guantes y el sombrcro de su señor.—Tras éste llegó un mozo de negra barba, tipo árabe, con un viejo albornoz sobre los hombros, boina blanca en la cabeza, un diccionario de la Lengua debajo del brazo y una guitarra en la mano; al cual mozo acompañaba un cuarto personaje, asaz largo y macilento, despechuga-

do, mal ceñido de calzones y peor trajeado de cintura arriba; pero muy armado de espadín de veras al costado, y con un sombrero de tres picos, de lo más superior y neto, sobre la cabeza.—Casi al mismo tiempo que estos dos comensales, vinieron otros tres; el uno rehecho, musculoso, chispeante de mirada, muy crespo de bigote, envueltos el cuello y las quijadas en una bufanda de veinticinco colores, y sobre el occipucio una montera asturiana; el otro cubría el suyo con un raido bonete de doctor, cuya amarilla borla, grasienta y deshilada, parecía un ataque de ictericia mortal; no recuerdo al pormenor lo demás de su vestido, aunque puedo jurar que todo ello no valía tres pesetas. Acaso no valiera tanto lo que llevaba encima el último estudiante que entró en el comedor, y cuya especialidad digna de mención era el ir tocado con una papalina.

Con estos tres huéspedes se llenó la mesa, y yo me ví entre todos ellos dudando si soñaba ó si era lo que delante tenía un anticipado carnaval..... ó una burla que querían dedicar á mi rustiquez de lugareño aquellos endiablados montañeses. Esta sospecha me desconcertó un poquillo, por ser cosa muy distinta lo que yo me prometía al acomodarme en aquella posada, y no contar con paciencia bastante para tomar á risa zumbas de tal calibre y tan inmerecidas. Afortunadamente me convencí muy pronto de que las sospechas me engañaban, pues una vez arrimados á la mesa los estudiantes, mostráronse con-

migo atentos conterráneos y corteses camaradas, sin ajustar para maldita de Dios la cosa su comportamiento al tono de sus raros disfraces, antes bien, olvidados de ellos como si ya no los llevaran encima, ó el llevarlos así fuera la cosa más natural del mundo, incongruencia que daba al cuadro el aire más cómico y pintoresco que puede imaginarse. En adelante observé que ni un solo día se sentaron á almorzar aquellos mis compañeros de posada vestidos como Dios manda; y por eso cito el hecho; que de haber ocurrido una vez sola con aire de calaverada, no tendría gracia maldita.

Noté que las prendas más codiciadas de todos eran el espadín y el sombrero de tres picos, piezas correspondientes al uniforme que usaban entonces los alumnos de la Escuela de Ingenieros civiles, á la cual pertenecía el mozo de la bufanda pintoresca y de la montera asturiana, que jamás en casa quitaba de su cabeza. Algo más incomprensible era la tenaz afición del taciturno del albornoz y la cara moruna al diccionario de la Lengua y á la guitarra. No conocía dentro de casa otros entretenimientos que puntear la una y hojear el otro. Qué conexión misteriosa podía haber entre ambos *instrumentos*, nunca lo supimos, ni nos lo quiso decir entonces el aficionado á ellos, ni muchos años después me lo ha podido explicar, ni se explicará en los siglos de los siglos. Pero es un hecho que no negarán el interesado ni los testigos de él que aún viven y pueden

dar fé de la exactitud de todos estos y los otros mis asertos, en la confianza de que no he de sacar á relucir aquí otras menudencias de los mismos tiempos y del propio lugar, por respetos fáciles de presumir.

También este pasaje de mis apuntes es de los que habían de provocar desdeñosa sonrisa en los imberbes escolares al uso; y sin embargo, merece algún respeto como dato curioso para la historia de las costumbres; pues han de saber estos hombres precoces, que aquellos muchachos recalcitrantes no eran menos listos, ni más tontos, ni menos ingeniosos que ellos; pero les daba por las susodichas inocentadas, porque no era costumbre entonces entre los estudiantes fundar periódicos batalladores ni asaltar las cátedras del Ateneo y de las Academias para difundir la luz de la ciencia por todos los ámbitos de la patria, tarea peliaguda, cuyo *intento* estaba, con mediana suerte, encomendado á unos cuantos hombres con canas y de reconocida autoridad.

Durante el almuerzo, supe de qué pueblo de la Montaña era cada uno de los estudiantes, y supieron ellos de dónde era yo. Recuerdo que el jockey (muerto pocos meses después, de una tisis galopante), su amo (médico de nota hoy) y el larguirucho del espadín (años há desaparecido del mundo de los mortales), eran de la capital; el árabe de la guitarra y del diccionario, malogrado arquitecto entonces y hoy encanecido entre los azares de los negocios, trasmerano; el de

la bufanda pintoresca y la montera asturiana (capaz de improvisar ahora un camino de hierro sobre dos hilos de araña), de Toranzo; el de la papalina, de Torrelavega, y el de la amarilla borla, pasiego.

Diéronme por de pronto minuciosas señas de la calle del Príncipe, porque yo les dije que en ella vivía don Augusto Valenzuela, á quien necesitaba visitar; me explicaron cómo podría yo, recién llegado á Madrid, con algún dinero en el bolsillo, pasarlo regularmente entretenido, de día brujuleando por las calles, de noche con ellos, á primera hora en el café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, y más tarde en Capellanes ó en el paraiso del Teatro Real, etc., etc.; y para matar las horas sobrantes dentro de la posada, brindáronme con una copiosa colección de novelas, cuyos títulos me cautivaron desde luégo. No podían ofrecerme comidilla más de mi agrado: la novela era mi tentación..... ¡y cuánta había en aquella casa, donde apenas existía un libro de texto!

Estando de sobremesa todavía, entró en el comedor un joven muy bien vestido, hasta elegante. Saludó breve y expresivamente á todos los comensales á la vez, y se dejó caer en el desvencijado sofá que estaba debajo de las vidrieras por donde pasaba la luz del patio. El tal mozo era pequeñito y flaco, blanco de tez, de mirar sutil y malicioso; barba corta, pero negra y espesa, el cabello ralo, y muy limpio y bien aliñado todo su traje. Recibiéronle muy regocijados mis siete

compañeros de mesa, y tuvo para cada uno de ellos algún apóstrofe picaresco y bien adecuado al caso y á la persona. Continuando el tiroteo de frases, no siempre de color de rosa, acertó alguien á preguntarle por «el poema;» respondió que «así» le tenía aún; rogóle el estudiante del frac azul que les recitara otra vez la introducción, y no hubo necesidad de repetirle el ruego. Con reposado y solemne ademán, sonora voz y magistral acento, comenzó á soltar octavas reales por aquella boca. No he oido jamás cosas más indecentes, ni versos más gallardos, robustos y armoniosos. Quevedo no los hizo mejores. Terminada la introducción del poema, que á mí, pobre é inexperto provinciano, me puso colorado de vergüenza, comenzó el poeta á recitar epigramas de su cosecha contra todo lo existente y otro tanto más, graciosísimos, punzantes é ingeniosos. Yo estaba asombrado. Estrujando el chirumen en mi aldea y royéndome hasta las puntas de los dedos, había logrado escribir media resmilla de ternezas quejumbrosas, insulsas y descoloridas ¡y aquel mozo tenía en la cabeza una fábrica de versos y otra de malicias y donaires!

El empecatado poeta era extremeño: se llamaba Mata; llamábanle Matica, y estudiaba medicina en el colegio de San Carlos, es decir, debía estudiarla, porque llevaba nueve años matriculándose en la facultad, y aún no había llegado á la mitad de la carrera. Conocía á todo Madrid, y tuteaba á la cuarta parte de él. Era mozo de verdadera chispa, pero sin señales de juicio, y muy capaz de poner en solfa la misma *Summa Theológica*. Había acometido muchas obras serias; recitaba comienzos magníficos, estrofas incomparables de composiciones épicas y místicas, trozos en los cuales parecía emular la entonación robusta de Herrera y la dulzura y suavidad de Fray Luis de León; pero de allí no pasaba jamás: destellos, chispazos de un fuego cubierto de frías y sucias cenizas: lo vulgar, lo grotesco, lo brutalmente carnal le solicitaba; desvanecíale la altura, el águila perdía sus bríos, y descendía rápida á manchar sus alas en los lodazales de la tierra. Frecuentaba las redacciones de los principales periódicos de Madrid, y en todas ellas se hubieran recibido con palmas las flores de su ingenio, si éste hubiera sido capaz de amoldarse á las condiciones *sanitarias*, digámoslo así, en que vivían los suscritores y la ley de imprenta; se le tentó con halagos de todas especies, hasta con pingües sueldos..... todo inútil; aquel pájaro no sabía cantar dentro de la jaula, ni podía sujetar los raudales de sus armonías á ninguna ley; necesitaba la libertad del monte para dar al viento toda la rica variedad de los registros de su numen, y así cantaba, como un salvaje.

Es muy de notar que en su trato ordinario era culto, y revelaba sus instintos de artista de raza hasta en las cosas más nimias; su conversación era siempre amena, su imaginación fecundísima; su habilidad para trazar en cuatro rasgos la bio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

grafía de un personaje de los infinitos que él conocía en la política, en las artes y en las ciencias, tremenda; sacaban sangre sus trazos, y levantaba ampollas su colorido. Oyéndole pocas veces, se le creía capaz de las más altas empresas; frecuentando su trato, se caía bien pronto en la cuenta de que tenía dos enemigos invencibles: la sujeción y el método. Era un vagabundo incurable que derrochaba su ingenio á borbotones en las mesas de los cafés y entre estudiantes desenfadados. Estaba bien por su casa, y de eso vivía holgadamente en Madrid, pues no era vicioso ni gastador. Había sido condiscípulo de algunos de mis compañeros de posada, y por eso la visitaba de vez en cuando.

Todo esto me contaron de él, en seguida que se marchó, los que creían conocerle más á fondo.—No tardé mucho en persuadirme de que el retrato moral, aunque parecido, no era exacto. Matica valía mucho más.

Deshecha la tertulia de sobremesa, vestíme con lo mejor del baúl, y lancéme á la calle, buscando, medio á tientas, la del Príncipe, donde vivía el Excmo. señor don Augusto Valenzuela, causa tentadora de mi presencia en Madrid, y faro, luz y guía de todas mis esperanzas.

X.

Con las indicaciones que llevaba yo bien impresas en la memoria, no me costó gran trabajo dar con la calle del Príncipe. Una vez en ella, pronto encontré la casa. El portal era grande, la escalera ancha y vieja, de ladrillo el suelo de los descansos, y acuarteronadas y sarpullidas de gruesos clavos las puertas de los pisos. Llamé á la del segundo, y me abrió un criado á quien yo conocía de haberle visto en mi lugar. Mostróseme un si es no es risueño, y díjome que el señor no estaba en casa; preguntéle por la familia, y me respondió que aguardara la respuesta. Fuése por aquellos pasillos adelante, y volvió luégo para conducirme á la sala, en la cual me dejó encerrado y á media luz. La estancia aquella era amplísima; tenía rica alfombra en el suelo, lujosos cortinones en las puertas, grandes espejos en las paredes; brillaban el oro y la seda en los sillones, y estaban mesas y veladores cubiertos de cachivaches y muñecos tan varios como artísticos. Jamás me había visto entre tanto lujo, ni lo había soñado siquiera; me daba lástima pisar aquel finísimo vellón con mis botas de bece-